

VISITA POR EL MUSEO DE LA INQUISICIÓN (PALACIO DE LOS OLVIDADOS, GRANADA)

Con la llamada Reconquista liderada por los Reyes Católicos, la Inquisición se impuso duramente sobre aquellos que rechazaran o practicaran religiones contrarias al catolicismo. Este adoctrinamiento vino de la mano de la tortura. La ciudad de Granada cuenta con un museo dedicado a los aparatos de tortura más usados en aquellos tiempos por este tribunal eclesiástico encargado de castigar a los herejes, la Inquisición.

A pesar de ser los castigos religiosos los más expuestos en las diferentes salas del museo, también se pueden encontrar diversas herramientas de tortura o pena de muerte dedicadas a casos civiles como el garrote vil, mientras que las “preferidas” por los inquisidores eran la garrucha, el potro y la toca.

La exposición es permanente, y se localiza en el Palacio de los Olvidados, un edificio restaurado dedicado a ser un espacio expositivo para visibilizar la cultura sefardí de Granada, de ahí que su nombre dé posesión del palacio a los olvidados (los que tras la Inquisición quedaron expulsados del reino de Granada).

Al entrar, después del recibidor se encuentra la primera sala central, con una gran horca y la figura del verdugo al lado. La horca no era tan usada por los españoles a pesar de estar incluida en el recorrido, era más utilizada por los franceses con motivos civiles, no religiosos. A lo largo de toda la exposición es recurrente que aparezcan figuras e incluso esqueletos que hacen más lóbrega la estancia y generan ese choque de realidad que hace que te pares a reflexionar sobre la cantidad de muertes que se han llevado a cabo a través de estos instrumentos. En esa misma sala se encontraba el potro de estiramiento, que consiste en una gran escalera en la que se ataban de extremo a extremo manos y pies del prisionero y con una manivela se iban separando cada vez más dichos extremos.



Horca y verdugo



Rueda de empalamiento y esqueleto

A continuación podías ver el gigante Toro de Falaris, aparato con forma de Toro hecho de metal, ya que es un muy buen conductor del calor, dentro del Toro se metía al prisionero que quedaba encerrado mientras el fuego calentaba el metal del toro. En la misma sala se observa la Dama de Hierro, una especie de sarcófago con forma de doncella cuyas paredes de su interior están cubiertas de enormes pinchos.

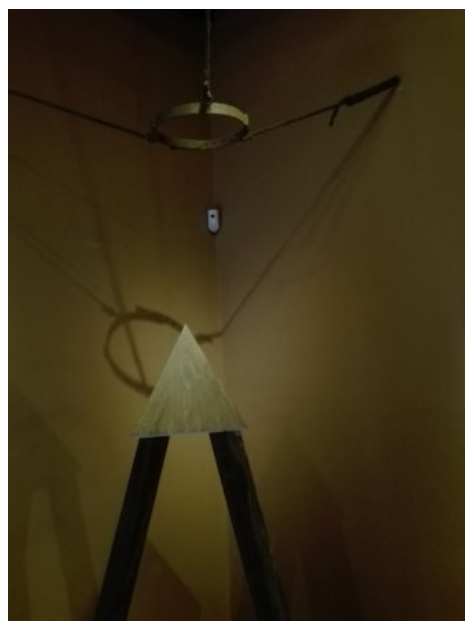


Dama de Hierro

Otra de las salas incluía en una vitrina el artilingo llamado aplastacabezas, cuya misión era reventar los huesos del cráneo con un casco y un reposo para la barbilla con el mecanismo de un tornillo que cada vez se iba apretando más. En la misma sala, una serie de jaulas colgadas del techo con esqueletos dentro, herramientas de empalamiento y la denominada Cuna de Judas, utilizada en su mayoría para hacer que el prisionero confesara. Este último instrumento consistía en una pirámide muy puntiaguda y una sujeción para la cadera, se sentaba ahí a la víctima para que la punta topara con la zona genital cada vez con más presión, al igual que el empalamiento pero, en este caso, como el objetivo principal era que confesara (no ejecutarlo) se dota de dicha sujeción para que no cayera hasta atravesarlo.



Aplastacabezas



Cuna de Judas

En la misma sala, la silla de tortura, cubierta de pinchos por toda su superficie; la garrucha, que consistía en atar de manos al torturado y dejarlo caer con brusquedad haciendo que se dislocaran sus extremidades; y por último la toca que era una tela blanca de lino que se introducía en la boca del reo haciendo que llegara hasta la tráquea y posteriormente se empapaba de agua para que así llegara a causar la sensación de ahogamiento.



Silla de tortura

En el recorrido, una habitación estaba dedicada a las grandes mesas de archivos que usaban los inquisidores, como el famoso Torquemada; aquí también se exponen los “sambenitos” que son las prendas que usaban los penitentes católicos para mostrar en público el arrepentimiento por sus pecados, es decir, una manera de marcar a aquellos pecadores para que les supusiera vergüenza haber cometido dichos errores “a ojos de Dios” y, sobre todo, a ojos de la Iglesia.

Aunque conozcas sobre los elementos de tortura, al verlos y leer sus descripciones tan explícitas, te genera una sensación que hace que realmente seas consciente de que todo ello ha ocurrido realmente. El visitar la exposición hace que el golpe de realidad cobre más fuerza en tu mente y te plantees con más juicio lo que ha ocurrido a lo largo de la historia y de todas las personas (víctimas) que han luchado por defender sus principios y no lo han logrado. Es muy palpable la represión y la evolución de ésta a lo largo de los años, lo cual, tal vez un poco tristemente, resulta interesante.

Lucía Arias-Camisón Coello
Grupo 51
El Mausoleum